

to al error. Por de pronto, ¿podrá observar a sus hijos—su obra querida—con la libertad de espíritu de un Henri Fabre que estudia la vida de los coleópteros?... Después, ¿no caerá en la tentación de generalizar imprudentemente, de pensar: «El alma y las inclinaciones de mis hijos son el alma y las inclinaciones de todos los niños»? Esta última tendencia, que va a parar en graves errores, es tanto más difícil de combatir, cuando que los niños de una misma familia presentan rasgos parecidos, que «sugieren la ilusión de la generalidad».

El hombre sin sucesión es, al parecer, el más a propósito para observar a las criaturas con imparcialidad, y sin limitarse a tal o cual grupo. Siendo desinteresada, su crítica ensancha lo más posible el campo de las investigaciones. Verdaderamente, yo estimo que un observador sin hijos se apasiona por su estudio...

...Pero veo que ya no anoto imparcialmente el pro y el contra. Defiendo mi causa. Así, pues, aparece mi preferencia: voy a escribir el libro que deseas. Y he aquí, mi linda sobrina, además del deseo de complacerte, la razón que me impulsa a esa obra. Un libro que se escribe con gusto, no siempre es bueno; pero un libro que se escribe contra el propio deseo, es malo infaliblemente.

Escribiré el libro. Lo peor que puede pasar es que vaya a engrosar la colección de libracos educativos que nunca han sido ni leídos ni practicados.

## CARTA SEGUNDA

Las horas de otomana.—¿Por qué se tienen hijos?—Primera definición de la educación.—La felicidad del niño.—Puericultura.—La elección de médico.—Historia de un termómetro de azúcar.—Grave cuestión: la lactancia.—Cambios sobrevenidos después de Juan Jacobo.—Las tres soluciones.—Cómo socorre la ciencia moderna la debilidad femenina.—Una llamada telefónica.

Para con ese pequeño ser que está elaborándose en ti, querida Francisca, tienes deberes excepcionales, que no pueden compararse a otros, ni siquiera a los deberes para con el marido. Es justo, es normal, decía yo en otra ocasión, que des más amor al marido que al hijo: sin embargo, el hijo merece más que el marido que le protejas y le sirvas. ¿Porque es más débil? Sin duda. Pero, sobre todo, porque él «no ha pedido venir al mundo», mientras que tu marido te ha querido por mujer. He ahí sobre qué se funda la responsabilidad de los padres; no conozco nada más evidente ni más temible. Tanto, que ni la indignidad ni la ingratitud del hijo pueden abolir esa responsabilidad, porque, aun indigno e ingrato, el hijo no existe sino por la voluntad de los padres.

Hasta la hora presente, vuestra responsabilidad

está indemne. Máximo y tú estáis llenos de salud, primer deber de los fundadores de una familia. Desgraciados esos cuyos hijos puedan oír: «*Pater te genuit, dum ebrius foret!*» Por otra parte, tú no eres de esas madres que durante el período venerable en que esperan el hijo tienen el prurito de desdeñar toda precaución, y no se preocupan más que de disimular la maternidad. Es censurable, puesto que el hijo puede sufrir las consecuencias, y la madre no tiene derecho a ello. Es tonto, porque es sólo una afectación para admirar a los otros. La maternidad, función moral de la esposa, no tiene por qué ser ostentosa; pero tampoco debe ser disimulada o considerada sin importancia.

Esos meses, de los que Virgilio ha cantado los «*largos fastidios*» en una égloga célebre, sobre todo los últimos; esos en los que las postraciones en la ofomana son más frecuentes, me gustaría imaginarlos consagrados por la joven madre a un recogimiento y a una meditación, cuyo objeto fuera el hijo... Claro que concedo que existen minutos de enervamiento en los que no hay deseos de meditar, ni aun de pensar; minutos en los que el mismo Máximo sería recibido con un enérgico «*¡Déjame en paz!*», y el tío consejero con un «*¡Zape!*» vivo y preciso. Pero, así y todo, querida Francisca, hay horas de tregua, de tregua un poco lánguida, muy propicia para pasear el pensamiento por fáciles caminos. ¿Qué alimento más sano para tu vida interior que éste: el hijo?

¿Por qué se es madre, Francisca? ¿Por qué se tienen hijos? No me des una respuesta de cotorrita superficial. No me repliques: «*Porque no puede*

uno hacer de otro modo», o «*Porque vienen*». Respóndeme, si quieres, con la Iglesia: —Para hacer cristianos—; o como el Estado: —Para hacer ciudadanos... Yo respeto esas respuestas, aunque no me satisfacen: son respuestas de doctrina, no de realidad práctica. La idea religiosa, la idea social o la idea patriótica, pueden influir sobre el crecimiento de las familias. Pero la mayor parte de las parejas humanas, las refinadas como las sencillas, desean los hijos para «*hacerse felices a sí mismos*»; en una palabra: por egoísmo superior al del soltero, o al de la pareja voluntariamente estéril. Pero egoísmo al fin.

Yo quiero, Francisca, que tú seas una madre consciente, y no una fuerza generatriz, ciega, o un egoísmo engañado por la naturaleza. Quiero que pienses:

«*Sí, deseo un hijo para aumentar mi felicidad, porque el bebé es un delicioso juguete; porque la familia numerosa tiene mayor importancia social; porque el niño es el huésped más simpático de la casa. Pero no ignoro los deberes y los trabajos encerrados en estas palabras adorables: Mi hijo. Y si quiero un hijo, es también por él; para que la belleza y la variedad de la vida se reflejen en un nuevo ser, nacido de mí; para concentrar en él mi facultad de amar, mi pasión de ser útil; para que, gracias a mí, «sea feliz». Por instinto, busco en él mi felicidad; pero por reflexión, busco la suya. Y precisamente porque soy un ser reflexivo, a quien ya dió experiencia una primera maternidad, preveo que la felicidad de mi hijo me preocupará más que la mía propia. Naturaleza, no te enorgullezcas de engañarme: conozco tu ley, y me someto de antemano...*»

Fijado este punto, y tomada la resolución de tener un hijo «por él» más que por sí», se precisará el sentido de tus meditaciones de otomana, mi querida sobrina. Se trata de estudiar, de prever, de preparar la felicidad del hijo esperado. Si llega a tener un cuerpo sano y robusto; si su voluntad y su sensibilidad son a un mismo tiempo ricas y disciplinadas; si sabe ver y comprender el espectáculo del mundo, admitimos que será más dichoso. Durante el período que permanezca bajo la dependencia de los padres, es, pues, deber de éstos formar su cuerpo, su sensibilidad y su inteligencia.

Y esto es lo que se llama educación. «Educar un niño es ponerle en estado de ser lo más feliz posible».

Tal es la primera definición que quiero darte de la educación. Por ahora, sólo indica una orientación bastante vaga, y debes estar advertida que poco a poco iremos precisándola. Pero tal como es. Funda la educación «sobre la felicidad futura del niño».

¡Felicidad!.. Palabra llena de misterio, lo sabemos, de un misterio casi amenazador. Y la pronunciamos sin temor supersticioso, pero también sin exceso de ilusión. Sabemos que la vida está tejida de goces y penas, y que el cariño no preservaba totalmente de éstas al ser querido. Por lo tanto, igualmente alejada de un beato optimismo y de un pesimismo neurasténico, te arreglarás lo mejor posible, mi buena Francisca, para concentrar sobre la cabeza de tu hijo las misteriosas irradiaciones de la felicidad humana.

\* \* \*

La condición primordial de esa felicidad consiste en que el niño sea sano, en que progrese normalmente en la vida orgánica y esté bien defendido contra los agentes de destrucción que le acechan desde que nace. La educación inicial es cultura, en el sentido no figurado de la palabra. Una planta que acaba de nacer, ¿cómo nutrirla, cómo preservarla y contribuir a su crecimiento?

Cuando Juan Jacobo Rousseau escribió el primer libro de su «Emilio», desarrolló abundantemente este capítulo de la higiene infantil. Algunas de sus prescripciones están hoy en desuso. ¿han sido condenadas. Otras, como el consejo a las madres de amamantar a sus hijos, o las protestas contra la enfajadura, concuerdan con las teorías y los usos modernos... Fué en esto un útil e ingenioso precursor. Pero la humanidad no ha desperdiciado los ciento cincuenta años transcurridos desde la publicación del «Emilio»: la puericultura es hoy una ciencia constituida, y cualquier manual moderno enseña a la madre joven más cosas y mejor enseñadas que el «Emilio».

¿A qué se debe el que la mayor parte de las madres aprendan la Puericultura sólo por la experiencia, una experiencia adquirida en un principio por el primer hijo, y en definitiva por los siguientes? Es porque a las jóvenes se les enseña ortografía, literatura, lenguas vivas, música, pintura, historia geografía y hasta álgebra; pero a nadie se le ocurre inculcar en ellas los elementos de ese arte, sin embargo, tan esencial para las madres futuras: criar a los hijos. Una estupidéz más entre tantas como hay en la enseñanza. Y eso que no estamos en tiempos de Nabiche, cuando la palabra «niño», pronunciada ante las doncellas, debía hacer subir el rubor a sus mejillas.

llas. Desafío a un gran maestro de la Universidad a que se atreva a protestar, en nombre de la moralidad, contra la inscripción de la puericultura en los programas de enseñanza femenina. Se persiste en excluirla. Por inercia o respeto humano, o quizás por las dos cosas reunidas.

Careciendo de nociones que habría podido aprender como jugando, o quizás con una tierna y conveniente emoción, la joven moderna, convertida en madre, se ve obligada a entregarse o entregar su hijo a la discreción del augur moderno: el médico.

A la cabecera de la cama, y al pie de la cuna del recién nacido, se instala el médico para reinar como dueño y soberano... Mientras la puericultura no sea enseñada a las jóvenes, mientras la primeriza no llegue a la maternidad preparada por una educación especial, el más útil consejo que puede dársele es que haga bien la elección de médico.

¿Cómo hacer esta elección? En primer lugar, querida Francisca, no teniendo en cuenta la fama, los títulos, la apariencia científica que despliega, sino sus cualidades de hombre: buen sentido, experiencia, decisión, autoridad y devoción.

—Sin embargo, la valía científica...

—No debe descuidarse, claro está. Pero considera, Francisca, que lo cierto de la ciencia médica es poca cosa. Unos cuantos principios de terapéutica, más viejos que el mundo; algunos descubrimientos recientes en química o en física; el resto no es más que teoría, curiosa pero incierta, y casi tan variable como las modas de vuestros peinados. ¿Quieres una prueba de esa incertidumbre, de esa variabilidad? Entre el quinto y

décimo año de este siglo, la asistencia que se hace a la mujer que ha dado a luz ha cambiado radicalmente. La hidroterapia, que hacía furor, está ahora condenada y considerada perjudicial.

Créeme a mí; la fórmula que te proponía antes es justa: Un médico vale, sobre todo, por lo que vale como hombre. Un gran sabio, si es quimérico, puede ser nefasto. Te expone a resultar la víctima de experimentos caprichosos. Y lo menos que puede hacer es envenenar tu vida con esa manía, muy moderna: el exceso de «medicalidad».

Un ejemplo de este último caso, hoy frecuente, lo ves en el doctor Tasqué y su propia familia. Nuestro amigo es, ciertamente, un médico muy inteligente; pero su arte le ha hechizado, por decirlo así, y arrastra en el hechizo a toda la casa. La víctima de este doble hechizo es el hijo Enrique, sobre quien se encarniza la inteligencia exasperada de esa pareja de augures.

¡Pobre «embutido científico»! El cronómetro mide su sueño al minuto; sus comidas están dosificadas al centígramo; el microscopio analiza todo lo que restituye su naturaleza; la balanza y la toesa registran sus menores variaciones de peso o estatura; sufre una hidroterapia feroz, complicada con gimnasia dano-sueca-anglo-noruega, que le agobia durante las horas que no le hacen ocupar en un pretenso entrenamiento intelectual. Resultado: un ser aturdido, atontado, que atraviesa la existencia con la incomprensión aterradoradora de un conejillo de laboratorio. Los instrumentos de bien intencionada tortura por que se ve perseguido, se le aparecen temibles y amenazantes, como dioses fetiches, a los que está obligado a obedecer. Sobre todo el termómetro, ese palito de cristal que le persigue al des-

partar, después de las comidas y después de las secciones de gimnasia.

Recuerdo que recientemente, cuando un catarro le tenía en la cama, le llevé un caramelo largo y redondo, envuelto en papel de plata. No bien lo vió, me volvió dócilmente sus nalguitas.

Creía que le iban a poner el termómetro una vez más.

\* \* \*

Una vez que hayas buscado un médico que sea un hombre honrado, de buen sentido y de autoridad, te confiarás a sus cuidados y le confiarás tu hijo, pidiéndole que te explique lo que prescribe, y procurando entenderle. Nada de medicina hermética, nada de secretos médicos en los que esté excluida la madre.

La madre es, con frecuencia, el mejor médico del niño, y aunque no haya aprendido de soltera los elementos de la puericultura, los asimila durante la primera maternidad.

Estos elementos tan poco complicados, tan fáciles de aprender y de practicar, tan moralizadores también, no esperes que los trate yo aquí, querida sobrina.

Como te decía, ya no estamos en tiempos de Juan Jacobo; abundan los libros especiales en la materia. Sólo quiero presentarte algunas consideraciones personales sobre un punto en el que insistió Juan Jacobo con un éxito resonante, y que mi amigo Brioux ha tratado brillantemente: la lactancia.

Empecemos (siguiendo nuestro método invariable) por bajar la cuestión de las alturas meta-

físicas o de las nubes sentimentales; pongámosla sobre «el plano de la humanidad»; proscribamos el romanticismo y las palabras huecas.

Romanticismo aparte, palabras huecas aparte, es de una evidencia palpable que no hay lactancia mejor para el niño que el pecho de la madre. Conforme con las prescripciones de la naturaleza, propicia a la moral del hogar, es al mismo tiempo más cómoda de administrar que ninguna otra. En una civilización simple, por ejemplo, entre los campesinos, esa cuestión ni se discute.

Así, pues, diremos a la joven madre moderna:

—Señora, tiene usted que criar a su hijo por sí misma, porque habiendo procreado un hijo que no pedía venir al mundo, le debe usted lo que más puede convenirle. Ahora bien, el que la leche de usted es para el niño lo más provechoso, no hay que dudarlo; entre el seno de la madre y el organismo que acaba de dar a luz, hay una adaptación única que no puede reproducirse artificialmente. La leche de otra mujer, aunque haya brotado en el mismo momento que nacía su hijo de usted, no es la que está preparada directamente para él por la naturaleza. Pero como además la ley Roussel no deja a su disposición más que nodrizas de siete meses, el niño de tres días se alimentará con una leche de siete meses y tendrá que adaptarse a una leche demasiado fuerte para él. Por lo tanto, hace usted un perjuicio a su hijo negándole la leche de su madre; le hace usted correr «un peligro». He ahí la verdad franca; no tiene necesidad ni de prosopopeya, ni de argumentos sentimentales para impresionar su clara mentalidad de mujer moderna.

Esta misma claridad mental te hará comprender, sin necesidad de elocuencia, el otro inconve-

niente de la lactancia por nodriza mercenaria. Aun prescindiendo de la ley Roussel (frecuentemente eludida en la práctica), la lactancia mercenaria es escandalosa. Es una de las más palpables formas de explotación del pobre por el rico. Un bebé rico tiene dos madres, porque un bebé pobre no tienen ninguna. Y si hay alguna madre burguesa que permanezca insensible a esta reflexión, la compadezco.

La amantación mercenaria es, por tanto, doblemente perjudicial: al niño rico que mama de la nodriza, y al niño pobre que no mama de ella. Hay, pues, que proscribirla.

Las mujeres modernas, que son, en general, inteligentes y sensibles a las deducciones racionales, no me contradecirán. No obstante, muchas, y no las menos sinceras, replicarán:

—Lo que usted dice, señor, es razonable y verosímil. Pero la tarea que usted me propone está por encima de mis deseos y de mis fuerzas. Consiento en ser madre tres veces o más; pero si es preciso que a cada maternidad añada un año de vida claustral... vacila mi animación. Y no es sólo culpa mía, porque yo me sometería a esas necesidades, si mi marido me ayudara. Con tal de que no me deje sola, y continúe su vida estrechamente asociada a la mía, acepto... Pero sabe usted muy bien que es imposible; mi marido no se resignará a cumplir ese austero deber; él, que no tiene por «el chiquitín» ese apasionamiento que sentimos las madres; él, para quien tantas maternidades y lactancias representan solamente abstinencia forzosa y trastornos domésticos. De modo que, yo sola, no soy capaz de cargar con el fardo. Compadézcame usted; es así; prefiero abstenerme.

«¡Prefiero abstenerme!» Es decir, prefiero limitar mi posteridad, antes que consagrar a cada hijo veinte meses de mi vida. ¿Comprendes, Francisca, que el problema ha cambiado de aspecto de Rousseau a nosotros? El moralista se encuentra colocado frente a este terrible dilema: hacer poco caso de la crianza maternal, o animar a la esterilidad.

Hay también la lactancia artificial... Tal como la practican médicos competentes, es un hecho considerable, y que transforma en parte la cuestión. Pero es también un procedimiento que, para estar bien administrado, exige precauciones de laboratorio. Es posible que las «nurses» inglesas lo observen escrupulosamente. En Francia temo que la clase media se acomode mal a las minucias de esterilizaciones y cocciones. Otro peligro: en tanto que la naturaleza va dosificando la cantidad de leche en el seno maternal, la «nurse» seca está siempre tentada a aumentar la dosis, ora para satisfacer el apetito del niño, ora para hacerle engordar más depisa. Esas son las sobrealimentaciones, muchas veces peligrosas... Además, nadie puede creer que un niño recién nacido esté adaptado a la leche hervida y a la leche de vaca cruda... Así, pues, hay un vago peligro en adaptar al recién nacido a esa alimentación, en el momento que empieza a vivir.

—Entonces—me dirás tú—, ¿cuál es su conclusión?

—Mi conclusión es modesta y moderada, como casi todas las conclusiones prácticas. Es, además, una conclusión de mi época, y sobre todo para las mujeres de mi país.

Primero, que es preciso que toda madre empiece por criar a su hijo. No tiene derecho a inhibir-

se de esa obligación esencial, en un momento en que aún vacila la vida del recién nacido, como la llama débil de una vela nueva, que el menor soplo puede apagar. En ese momento crítico está en su mano el que su hijo tenga mayor número de probabilidades de vida y salud. Negándose a criarlo, disminuye considerablemente esas probabilidades. Acto criminal, que ninguna madre debe cometer.

Habiendo así abordado sus funciones de nodriza, la madre las continuará durante el mayor tiempo posible. De día en día, tendrá la alegría de ver aumentar la fuerza vital del pequeño ser que ha traído al mundo... Cuando hayan pasado tres meses, ya estará en situación muy distinta que la de recién nacido. Entonces, se ofrecen dos soluciones.

O bien habrá tomado la madre tal afición a su papel venerable, que no querrá abandonarlo, y su voluntad, firme como un instinto, triunfará de las resistencias del marido. Es el deseo de la naturaleza y del moralista.

O bien este deseo de la naturaleza y del moralista se estrellará contra dificultades de salud, de vida práctica, y, sobre todo (es el caso más frecuente), de armonía y de comodidad conyugales... Entonces, que no cuente el moralista con su elocuencia para imponer al conflicto la solución corneliana, el sacrificio del egoísmo... Por fortuna, la ciencia moderna viene aquí al socorro de la moral, evitando en el hogar la entrada en escena de la nodriza mercenaria y todos los peligros que lleva tras sí. Si la lactancia inmediatamente artificial y únicamente artificial es peligrosa, no hay peligro ninguno en completar poco a poco la lactancia maternal con la artificial y has-

ta en ir sustituyendo poco a poco aquélla por ésta. Con esta ayuda, aligera la madre el fardo que debería llevar valerosamente hasta el final. Pero, como ha dicho Fenelón, «La educación no es un fantasma», es decir, una abstracción. Hablamos y escribimos para seres concretos, provistos de cualidades y defectos, celosos de su libertad, de su comodidad, y que quieren facilitar los deberes. Así, pues, si se les hace el deber demasiado arduo, son muy capaces de abstenerse...

*«Ahora bien, prefiero que las familias de mi país nutran sus hijos con la lactancia mixta a que no tengan hijos.»*

Por lo tanto, querida Francisca, empezarás por criar al hijo que va a nacer de ti, y pensarás: «¡Ojalá pueda criarlo yo sola hasta el final!» Pero, asimismo, no rechazarás deliberadamente la ayuda real, la ayuda nueva que los hermosos trabajos de un Pasteur han traído a la debilidad física o moral de la mujer moderna.

\* \* \*

...Eran las doce y veinte en punto; releía yo esta carta escrita anoche, cuando sonó el timbre del teléfono...

—Oiga... ¿el 685-08?

—Sí... ¿quién habla?

—Julieta, la doncella de la señora de Despeyroux... Para advertir al señor de que la señora ha tenido el bebé esta mañana.

—¿Cómo? ¡Ya! No se le esperaba hasta dentro de quince días.

—Sí... aún anoche lo dijo el doctor... Y esta madrugada, un poco antes de las cinco...

—Pero, ¿ha pasado todo bien?

—¡Muy bien! Una niña preciosa que pesa seis libras ciento cincuenta gramos.

—¡Caramba! ¡Un buen peso! ¿Y la mamá, sigue bien?

—Todo lo bien posible.

—Pues felicítela usted, Julieta, en tanto que voy a verla. Felicite también al señorito Máximo, que debe estar muy contento.

A lo que respondió Julieta, textualmente, antes de colgar el receptor:

—¡Ah!... ¡el señorito!... ¡no ha pasado muchos trabajos, que digamos!

Y en esta réplica vi la protesta instintiva (afortunadamente pasajera) del sexo femenino contra ese rudo deber, de que está exento el hombre.

## CARTA TERCERA

La infancia de la infancia.—Nodriz y filósofo.—Meditación al lado de una cuna.—Pereza de ciertos educadores.—La educación debe empezar en la cuna.—Los pensamientos de Francisca II.—Historia de un botón de oro.

Cuando Francisca II (que tiene hoy un mes y dos días y pesa ocho libras y setenta gramos) era sólo un encantador proyecto, yo te hice observar, mi querida sobrina, que la niñez es una vida completa, compuesta a su vez de infancia, madurez y vejez. La relación del niño con las cosas se modifica progresivamente durante el transcurso de esos tres períodos.

De cero a siete años (poco más o menos) descubre el niño la existencia de un mundo exterior a él; permíteme este resumen verbal, aprende a «ser accionado.»

De siete a doce años, sale del estado puramente pasivo; y, al contacto de las cosas, se acostumbra «a reaccionar».

En fin, hacia los doce años, se ejercita en el papel de microcosmos o pequeño mundo voluntario, dentro del vasto mundo: aprende a «accionar».

El más curioso, el menos inteligible, y también el más conmovedor de esos tres períodos, es se-